

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ



Entre la academia y la política

Homenaje a Henry Pease García

Cuadernos del Archivo de la Universidad **34**

Lima, 2003

Cuadernos del Archivo de la Universidad

Comité editorial

Presidente : José Agustín de la Puente Candamo

Miembros : Juan Carlos Crespo López de Castilla
René Ortiz Caballero
Jesús Vera-Portocarrero Beltrán

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Pontificia Universidad Católica del Perú

*Entre la academia y la política: homenaje a Henry
Pease García*

.- Lima: PUCP, 2003.

34 p.; 20 cm.- (Cuadernos del Archivo de la
Universidad; 34)

Archivo de la Universidad PUCP
Apartado 1761 - Lima 100, Perú
Correo electrónico: archivo@pucp.edu.pe
Fax: (511) 261 9030



Henry Pease García

Doctor HENRY PEASE GARCÍA
San Miguel, 29 de setiembre del 2003.
(Foto por Martín Zevallos Ullauri)

Presentación

Nuestra Universidad no es muy proclive a rendir homenajes o a ofrecer distinciones a personajes o a figuras influyentes de la vida pública. Lo ha sido en cambio, aunque muy parsimoniosamente, a reconocer aportes y a valorizar trayectorias al servicio del país o de la ciencia.

Hubo una excepción, hace tres años, en un momento de renacer democrático se debió reconocer la presencia de personas dignas y competentes en la administración pública, la PUCP rindió así un merecido homenaje a cinco de sus egresados que participaron en el gobierno de transición y que, por eso, eran parte de una promesa, felizmente cumplida, por el gobierno que presidió Valentín Paniagua. Nunca antes la PUCP había hecho algo semejante, a pesar de que desde los años 40 no ha escaseado la presencia de gente vinculada a ella en posiciones expectantes en el país. En esa ocasión era el momento político y la significación de esas presencias lo que justificaba una manifestación institucional de respaldo y de reconocimiento.

Han transcurrido tres meses desde que el Congreso de la República eligiera como su presidente al doctor Henry Pease García, egresado y ya antiguo profesor de nuestra Universidad y, pensamos que se repiten las circunstancias antes descritas. Tampoco esta vez se trata de un reconocimiento formalista o acaso oportunista; ni de una autocelebratoria ceremonia para promover la imagen de la Universidad. El Departamento de Ciencias Sociales, autor de la iniciativa, ha querido más bien reconocer valores personales y académicos, presencia política y testimonio de integridad, valores todos que afirma y quiere promover la Universidad y que, en diversas formas se esfuerza porque sean encarnados por sus alumnos y

graduados. En efecto, nuestra Universidad y, en general, toda universidad no solo capacita para el ejercicio de una profesión, sino que lo hace para que ésta sea puesta al servicio de la sociedad. Se trata de formar hombres, varones y mujeres, íntegros, responsables y conscientes de una misión de servicio, muchas veces muy concreto y hasta individualizado, pero que, en el fondo y en forma permanente, sea la de contribuir e incluso de liderar la construcción de una sociedad de hombres libres y donde la justicia y la realización plena de todos sea posible.

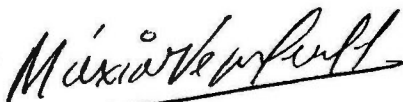
La presentación del Jefe del Departamento al que pertenece y el discurso del señor Rector que tienen esa finalidad, me releva de una tarea que sería grata, aunque compleja, por la riqueza de aspectos que sería necesario abordar y que ellos lo han hecho con brillo y riqueza de información y de argumentos. Mi tarea es solo de presentar el opúsculo que recoge esas intervenciones y la respuesta del propio Henry Pease. Por mi parte solo debo añadir, a título de "aperitivo" de esas enjundiosas intervenciones, algunas ideas y recuerdos.

Afortunadamente, sucede con relativa frecuencia que un profesor tiene ocasión de sentirse orgulloso de los niveles y del desempeño de sus alumnos, pero muy pocas veces puede decir que tuvo el privilegio de haber tenido ciertos alumnos, tal como escuché en una oportunidad al arquitecto Héctor Velarde, a propósito de nuestro recordado doctor José Tola. Hoy puedo decir que tuve el privilegio de tener a Henry Pease como alumno en el primer año de Ciencias Sociales y de asistir como jurado a la sustentación de su tesis doctoral que mereció la calificación de sobresaliente. Desde sus inicios como estudiante y hasta hoy he sido testigo y he podido apreciar su disciplina de trabajo, su búsqueda de rigor científico y, lo que es más importante, el equilibrio positivo entre el cultivo de su vocación académica y su permanente compromiso social y político. Y es que en Henry Pease, el académico y el político, la búsqueda de la verdad y el reclamo por la justicia social, ese otro nombre de la verdad, son una y la misma cosa. No hace política de confrontación sino de conciliación en función de principios. Su vida pública es el testimonio de la convicción de los próceres de la

independencia que el maestro Porras Barrenechea repetía con frecuencia: *La República no es en realidad un organismo político, sino un organismo moral. No se crea por las leyes sino por los hombres.*

Se trata de una persona que se realiza en forma completa, que no ha optado por desarrollar alguna parcela de su humanidad a costa de las otras y que, en medio de tentaciones y restricciones marca una presencia lúcida y activa en la vida nacional, como lo reconocen incluso sus adversarios políticos.

En este sentido, Henry Pease encarna una aspiración muy central de nuestra vocación institucional y que esperamos continúe, con el talento y la férrea voluntad que le conocemos, contribuyendo al logro de los ideales que lo identifican con nuestra Universidad. A través de él, de alguna manera, nos reconciliamos con la praxis política.



~~Máximo Vega-Centeno Bocángel~~
Decano de la Escuela de Graduados

Henry, gracias por tu ejemplo

Jean-Marie Ansion Mallet

No es fácil ubicarse simultáneamente en la academia y la política, especialmente si se busca la excelencia en ambos campos: ser profesor de calidad e investigador riguroso, hacer política renovándola para colocarla de verdad como actividad noble, de servicio hacia la consecución del bien público; y tener éxito en ambas empresas más allá de la sensación que pueden dejarnos ciertos momentos, en uno u otro campo, de que se está solo, "remando contra la corriente".

Quisimos recibirte hoy, Henry, en esta tu casa de toda la vida, para compartir unos momentos contigo y decirte el orgullo que es para nosotros el tenerte de colega y de amigo, el orgullo de saber que la Universidad Católica cuenta con profesores de tu calidad que saben también, en el mundo de la política, comprarse, con tu tenacidad y tu exigencia profesional, el pleito de luchar por un país más justo, menos dividido, más atento al reclamo apremiante de los pobres. Tu elección a la presidencia del primer poder del Estado nos pareció el momento adecuado para dejar a un lado el acostumbrado y corrosivo desánimo que recorre persistentemente el país, y celebrar juntos con alegría, con la mayor simplicidad y cordialidad, el hecho de que una persona con tus cualidades profesionales y éticas ocupe el alto cargo que te han confiado los representantes de la Nación.

En personas como Henry Pease, encontramos que es posible la unión de la academia con la política. El trabajo profesional con sentido ético que vemos en él, orientado al bien público, y en especial a los más olvidados y despreciados, ha sido también central en la práctica de la Comisión de la Verdad y Reconciliación presidida con lucidez y firmeza por nuestro rector, Salomón Lerner. Es buena la oportunidad, Salomón, para agradecerte por la obra cumplida al frente de esa Comisión, que nos da aliento para creer que sí la verdad puede abrirse pasos y que la verdad puede curar muchas

de nuestras antiguas o nuevas heridas. Muchos colegas, muchos egresados nuestros, hemos puesto nuestro grano de arena en ese trabajo y nos sentimos profundamente orgullosos del papel decisivo jugado por nuestro Rector en el cumplimiento cabal de la tarea encomendada. Gracias Salomón por tu coraje y tu consecuencia. Para una Universidad como la nuestra, sabemos que es un deber el dar continuidad, en múltiples sentidos, al trabajo iniciado por la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Y no nos cabe la menor duda que muchos en el país, cada uno desde su propia trinchera -y a veces desde varias trincheras a la vez- darán continuidad a esa opción por la verdad y por la ética, tanto desde las organizaciones de la sociedad civil, desde las universidades, como desde las autoridades del Estado y particularmente desde el Congreso, cuyo máximo representante celebramos en estos momentos.

El sentido de deber cívico vinculado a la búsqueda de excelencia en la actividad profesional, docente y de investigación, nos une a quienes pertenecemos a esta Casa de Estudios. Y sabemos cuán complejo resulta vincular actividades con ritmos y exigencias diversas. Henry Pease es, en ese sentido, para nosotros, un ejemplo de coherencia en su trayectoria personal: en su consecuencia personal, su rigor profesional, su pasión política, su amor por la docencia, su vida de cristiano.

Esta múltiple vocación y práctica, la manifiesta desde su actuación como estudiante en la Universidad Católica donde ingresa en 1962, primero a la Facultad de Ciencias Económicas para pasar luego a la recién creada Facultad de Ciencias Sociales donde obtiene su bachillerato con mención en Ciencia Política y luego el título en Sociología. Estudiante destacado, Henry Pease se hizo conocer también por su actividad en la Federación de Estudiantes de esta Universidad y muchos recuerdan cómo, desde la presidencia de esa organización, promovió el encuentro comprometido y concreto de los estudiantes por medio de campañas de alfabetización, con las poblaciones pobres y la realidad social del país.

Desde muy pronto, paralelamente a sus estudios, se dedica a actividades relacionadas con la función pública. Así, se le encuentra en 1966 como secretario del Despacho del Ministerio de Justicia y

Culto y en 1968 como jefe de una Oficina de Estudios Sociales del mismo Ministerio. Ocupó también diversos cargos en el Ministerio de Salud, en el Instituto Nacional de Administración Pública (INAP), en la Comisión Episcopal de Acción Social de la Iglesia Católica y en el Centro de Investigaciones de las Naciones Unidas (UNRISD) para el programa de participación popular.

Como investigador de DESCO y luego, muy pronto, como director de ese Centro (entre 1973 y 1982), dirigió en especial el área de Estudios Políticos, el Taller sobre Política y Sociedad, el Programa rural en el Valle del Santa y otros proyectos. Fue, además, director de la revista *QueHacer* desde su fundación en DESCO, desde 1979 hasta 1983. Esta función lo define, desde entonces, no solo como sociólogo, sino también como periodista. Y como hombre orgánico que es, pertenece a ambos colegios profesionales, habiéndose dado el tiempo incluso para ser decano del Colegio de Sociólogos del Perú entre 1994 y 1996.

Desde 1983, ingresa a la actividad política activa como teniente alcalde de Alfonso Barrantes en el primer gobierno de izquierda de la Municipalidad de Lima. Desde entonces, continuará en la lucha política en diversos cargos políticos y de Estado, siempre fiel a su ideal de construir una izquierda moderna y democrática que represente a los intereses de los pobres y a la vez contribuya a la construcción de un país viable. En su apuesta por desarrollar Izquierda Unida, será regidor de la Municipalidad Metropolitana de Lima por un segundo periodo y pondrá todas sus energías en convertir la Izquierda Unida en una fuerza política organizada desde las bases. Producida la ruptura de la izquierda, no desmayará en seguir buscando una alternativa para el país, como candidato a la Alcaldía de Lima en 1989, como candidato a la Presidencia de la República en 1990. Se irá consolidando como uno de los líderes de quienes afirman, "remando a contracorriente", que es posible la unidad de la izquierda y más allá de ella, la unidad de quienes buscan construir una salida racional para el país. Así lo hace, dentro de Izquierda Unida, como uno de los impulsores del Movimiento de Afirmación Socialista (MAS), movimiento que posteriormente se fusiona con otras fuerzas en el Movimiento Democrático de Iz-

quierda (MDI) con el cual llega a ser elegido miembro del Congreso Constituyente de 1993 a 1995. Apostando por una alianza antifujimorista encabezada por Javier Pérez de Cuellar, el MDI se diluye en la Unión por el Perú (UPP), con la cual Henry Pease vuelve a ser congresista de la República en 1995, siendo reelegido al Congreso como miembro de esa agrupación en el 2000. Desde ahí, contribuye de manera decisiva a la salida democrática y pacífica de la crisis, que permitirá la asunción de Valentín Paniagua a la Presidencia del Congreso y a la Presidencia de la República. Convocadas las nuevas elecciones, Henry Pease opta por respaldar a Perú Posible. Llegado nuevamente al Congreso, se convierte en Primer Vicepresidente del Congreso de la República y Presidente de la Comisión de Constitución y, en este segundo año legislativo, en Presidente del Congreso de la República.

Para cualquiera, todo lo dicho hasta ahora en forma extremadamente apretada sobraría para llenar toda una vida. Pero para Henry Pease, la actividad profesional y política nunca tuvo sentido sin su correlato académico. Ya lo había venido demostrando con la cantidad de publicaciones producto de investigaciones serias. Entre muchas otras, recordemos en especial, publicadas por DESCO: *Perú 1968-1980: cronología política*; *El ocaso del poder oligárquico (lucha política en la escena oficial 1968-1975)*, reeditado varias veces; *Los caminos del poder (tres años de crisis en la escena política)*, también reeditado. Y, entre las más recientes: *Los años de la langosta (la escena política del fujimorismo)* (Ipadel, 1994); *La autocracia fujimorista: del Estado intervencionista al Estado mafioso* (Pontificia Universidad Católica del Perú - Fondo de Cultura Económica, 2003).

Pero eso no es todo. Durante todos estos años, Henry Pease, profesor principal de la Universidad Católica, nunca dejó de enseñar desde 1971. Entre los muchos y variados cursos que tuvo a su cargo, el más famoso es, sin duda, el curso de *Realidad Social Peruana* que ha venido dictando, de semestre en semestre, desde 1974 hasta la actualidad. En los últimos años, se dio maña para graduarse en forma sobresaliente en la PUCP de Magíster en 1998 y luego de Doctor en Sociología en 2002, con lo cual ha empezado a asumir

algunos cursos en la Maestría en Ciencia Política.

El Departamento de Ciencias Sociales ha propuesto la creación de la nueva especialidad de Ciencia Política y Gobierno en la Facultad de Ciencias Sociales, la misma que ya emitió su dictamen favorable. Con el reforzamiento de esa nueva área de Ciencias Políticas, con su pre y posgrado, sabemos que podremos encontrar siempre en Henry a un colaborador eficaz.

Así, en medio del descrédito de la política, Henry Pease representa en este momento para nosotros a muchas mujeres y hombres que han sabido levantarse por encima del desánimo colectivo, para contribuir a pensar y practicar nuevas formas de hacer política. Su profundo sentido cristiano, humano, ético, ha sido, en ese camino su mejor aliado.

Todas nuestras felicitaciones, Henry, por tu elección como Presidente del Congreso de la República. Gracias por tu ejemplo. Estamos profundamente orgullosos de tenerte de colega y amigo.

Estoy orgulloso de mi Universidad

Henry Pease García

Muchas gracias por acompañarme esta mañana. Nada he hecho que merezca un homenaje pero es aquí, en esta casa, donde me formaron académica y profesionalmente, aquí aprendo y enseño hace 32 años y es desde aquí que actúo en política, tratando de recordar valores y principios que ustedes me inculcaron.

Es cierto que opté por hacer política poco antes de ingresar a la PUCP en 1962. Lo hice como una manera de servir al Perú y a los peruanos. No me propuse ningún cargo ni función particular *a priori*. Quería y quiero cambiar esta sociedad injusta y excluyente. La comencé a conocer al ver el contraste entre lo que vivíamos en casa -1959- y el mundo de los pobres, las entonces barriadas de Lima. Guiado por Augusto Vargas Alzamora S.J. conocí 1° de Mayo, El Ermitaño y Comas haciendo trabajo de catequesis. Mis maestros jesuitas enfatizaban el conocimiento de la realidad social para que nuestro compromiso fuera cambiarla.

Entrar a la PUCP era coherente con ese objetivo. Mi primer contacto con ella fue la participación en un concurso sobre la nueva Encíclica *Mater et Magistra* del Papa Juan XXIII. Me regalaron un banderín y un libro como premio accesitario. Quería estudiar economía, buscando salidas a lo que me preocupaba. Ingresé a Ciencias Económicas pero encontré que allí formaban contadores y que solo después de terminar se pasaba a economía. Un joven profesor, tempranamente fallecido, José Chichizola, en un curso de *Metodología*, me hizo pensar en la universidad como vocación. Me prestó libros sobre la misión de la universidad y sobre el compromiso de ésta con la verdad. Comencé a pensar la acción política y la vida académica como aspectos complementarios, mas aún si la primera requería conocer a fondo los problemas de la sociedad que había que enfrentar.

En tanto, primero me ganó la acción. Desde la FEPUC propuse al rector padre Mac Gregor hacer un programa de alfabetización en Comas y él confió en mí. Participamos 137 alumnos de diversas facultades en el primer año y el resultado fue 200 personas alfabetizadas en más de 5 centros escolares muy dispersos entre los km 11 y 14 de la carretera. En cuarenta años transcurridos me habré encontrado con la mitad de esos compañeros y a todos los vi dedicados de una forma u otra al servicio de los demás, con o sin compromiso partidario, pero actuando en la misma dirección. Estoy seguro de que parte esencial de la formación universitaria tiene que ser el conocimiento de la realidad social en sus diversas dimensiones y en una sociedad heterogénea como la nuestra es fundamental el contacto directo.

Me trasladé a Ciencias Sociales apenas pude y elegí la sección de Ciencia Política, desactivada un año después de mi egreso y que hoy parece está por reabrirse ¡Ojalá!. Aprendí pronto que estudiar la sociedad y la política era no solo un prerrequisito para servir en la acción política sino una actividad fundamental en sí misma. Las relaciones sociales cambian rápidamente, las instituciones devienen anquilosadas y la enorme distancia que ha habido entre Estado y sociedad en el Perú ha ido aumentando con el tiempo, a pesar de tantos intentos de cambio. Me interesó la política pero no podía explicármela sin hacer referencia a los principales problemas y contradicciones de la sociedad. Primero me llamó la atención la forma en que se condensaban en cada coyuntura política esos problemas de mayor alcance. Los Talleres de Estudios de Coyuntura de CLACSO, el primero realizado en Lima y luego en varias capitales de la región, dieron cuenta de esa realidad de los 70 y los 80 en la que muchos colegas latinoamericanos destacaban la complejidad e intensidad de las sucesivas coyunturas políticas en el Perú. Allí es imposible aburrirse, decía alguno. Eso me llevó a dedicar varios trabajos en esta dirección hasta convertirse casi en costumbre que practiqué tanto en DESCO como en el departamento de Ciencias Sociales de la PUCP.

En nuestra casa me propusieron dictara desde el primer semestre de 1971 el curso de *Sociología del Perú* en Estudios Generales Letras.

Comenzó una actividad docente que continua hoy, sin interrupción, y que me ha brindado muchas satisfacciones. Acercarme a los jóvenes que comienzan es un reto siempre cambiante. Mostrar diversos planos de nuestra sociedad y tratar de comprender -y debatir cómo ellos ven nuestra sociedad- es un reto que siempre resulta distinto. Muchas veces cambió ese curso que hasta hace pocos años dirigí para todas sus secciones y que hoy se desarrolla en cátedras paralelas y con programas diferentes. Los temas de este curso -hoy *Realidad Social Peruana*- se ven con diferentes anteojos no solo por razones ideológicas sino por diferentes grados de información y de madurez. Introducirlos al tema es una manera de motivar un trabajo que tendrá, según los años y la formación de cada uno, respuestas diferentes. El diálogo directo no solo me ha llevado a cuestionarme mucho de lo que aprendemos y enseñamos, también metodologías y actitudes en nuestra labor docente. Puedo decir, sin dudar, que debatir no menos de dos de las cuatro horas semanales de clase me ha dado mucho más de lo que pude dejar en los estudiantes y ha permitido que éstos se expresen y podamos ver lo que se comprendió y corregir muchos sesgos propios y ajenos.

En los años 70 procuré entender lo que pasaba en la sociedad y en la política bajo la égida del gobierno militar, contribuyendo a desmitificar varios de sus lemas como la "unidad de la Fuerza Armada" y la "unidad pueblo-Fuerza Armada". Pero esas investigaciones me llevaron a otros temas como los rasgos del Estado peruano, los cambios en el Estado oligárquico, la democracia y sus instituciones, hasta entonces siempre marginales. De los análisis de coyuntura fui pasando a estudiar procesos más amplios para irme afincando en el tema de la institucionalidad política, las transiciones a la democracia y los retornos a nuevas formas de autoritarismo.

En esos años no actué en política directamente. La escena oficial estaba copada por generales, los civiles solo podían ser asesores. Pero nacía en la escena amplia un vasto movimiento social -quizás aún prepolítico- cuya importancia todos fuimos constatando. No me integré a ninguna de las organizaciones partidarias que sur-

gían pues en su mayoría ponían énfasis en la lucha armada, cosa que nunca me convenció. El camino condiciona la resultante, sostuve muchas veces, en referencia a lo que era cada vez más evidente: que el tema crucial del siglo XX era la democracia y ésta implicaba otras rutas. El fracaso del régimen militar confirmó una vez más que la democracia era cuestión previa, mas aún tras la cancelación del Estado oligárquico. En esa dirección mi generación que en los sesenta criticaba a la democracia por considerarla formal tuvo que ir reconociendo no solo la necesidad de las formas sino que éstas eran parte del camino a la democracia real. En otras palabras, sin elecciones, división de poderes y vigencia de libertades y derechos no se avanza en igualdad, no se combate la exclusión, no se alcanzan condiciones de ciudadanía plena ni la economía permitirá compartir.

DESCO y varios cursos dictados en Estudios Generales Letras y en nuestra Facultad, así como mi participación en CLACSO y en la Asociación Latinoamericana de Sociología, me dieron la oportunidad de avanzar en estos temas. En DESCO nos proponíamos combinar la investigación social con la acción de desarrollo. Trabajar con agricultores -ex yanaconas de Chancay-Huaral-, cooperativistas en el Valle del Santa, campesinos en la sierra del departamento de Lima (Pacaraos, Pirca) y en Huancavelica, así como obreros fabriles y pobladores de pueblos jóvenes de Lima. Era otra manera de vincular academia y política, planteando los temas desde la sociedad, proponiendo alternativas de desarrollo local y discutiendo políticas sectoriales en eventos que combinaban mundo académico, dirigencia gremial y actores de base. Algo tuvo que ver este trabajo con el fortalecimiento de la sociedad civil en su lado más ligado al pueblo pobre. Se impulsaron muchas ONGD con la acción incansable de nuestro desaparecido compañero Mario Padrón, también formado en esta Universidad.

Los 80 me llevaron a la política activa -desde las elecciones municipales de 1983- pero antes, culminando mi trabajo en la dirección de DESCO organizamos el Seminario *Democracia y Movimiento Popular*, con presencia de académicos latinoamericanos de primer nivel. Este evento marcó el debate de ese tiempo y coincidió con el

ingreso de las izquierdas a la legalidad democrática. Junto a ello apareció la revista de DESCO, *QueHacer* y desde ella hicimos seguimiento del nuevo fenómeno de esa década: el terrorismo senderista. Hace unos días, impactado por el informe de la Comisión de la Verdad, releí los números de esos años y creo que acertamos en señalar lo que ahora se ha constatado: no solo la insania terrorista sino las tendencias inaceptables en la respuesta estatal. *Hay que poner al campesino entre dos fuegos: que elija dónde quiere morir* sostuvo el ministro de guerra justo antes de que el Ejército entrara en Ayacucho. Y nos lo declaró en una entrevista. ¿Cómo siguen diciendo ahora que fueron solo excesos?

Permítanme expresar, amigos, mi homenaje a nuestro rector, Salomón Lerner, que lideró la Comisión de la Verdad. Él y los comisionados nos han dado un ejemplo vivo de que universidad y política son distinguibles pero no separables, en particular cuando de la verdad y la exigencia ética se trata. Yo estoy esperando que la Universidad Católica haga un acto enorme, que reúna a toda la Universidad y a muchos más, para decir gracias a quienes han dicho con valentía la verdad, han investigado descarnadamente lo ocurrido y por eso, por romper el pacto infame de hablar a media voz, han recibido tantos y tan injustos ataques. Lo que no dudo es que la verdad ya comenzó a abrirse paso por obra de esta Comisión y que la ciudadanía lo sabrá reconocer. Pero todos aquí estamos en deuda con ellos.

Vinieron años de actividad y activismo a partir de 1983 en los cuales dictar clases, participar en eventos de mi especialidad aquí y en la región -seguí integrando CLACSO- y algunos textos en DESCO fueron el espacio mínimo de reflexión al que no renuncié. Hasta el 90 hay una objetiva baja en mi producción académica al tiempo que asumía sucesivos roles políticos que incluyeron una candidatura presidencial que no busqué y enfrentaba el peor momento de mi vida por la partida de Mary.

Pensar los problemas de la democracia local me volvió a llevar al tema de la democracia y a valorar mejor las formas directas de participación ciudadana. Propuestas diversas sobre democracia

participativa que en los sesenta sosteníamos frente a los que se quedaban solo en la representación, adquieren nueva dimensión cuando mucha gente, de carne y hueso, en la debilidad de los partidos de los 80, plantea desde los municipios formas complementarias aunque las vieran como alternativas a la representación. En la propia Municipalidad de Lima, cuando sustentábamos una ordenanza que promovía la participación de las organizaciones de pobladores, partidos que hoy aceptan la participación ciudadana más directa entonces la rechazaban.

Lo mismo ocurría en eventos que debatían en torno a la idea democrática y sus formas. Es que vimos rechinar no solo los partidos más tradicionales. En la propia Izquierda Unida -la fuerza nueva de los 80- o actualmente en el debate parlamentario de la primera ley de partidos políticos, la idea de un militante = un voto tiene enemigos abiertos y encubiertos. El caudillismo y el clientelismo se siguen reproduciendo en nuestra sociedad.

En los 90, como síntesis de lo anterior, he estado en el Parlamento y en la Universidad. En el primero luchando contra el fujimorismo en una especie de ring de box que nada concertaba, pero permitió ir mostrando los rasgos del régimen. Hoy todos se acuerdan de los vladivideos pero nadie se acuerda que todo lo que de allí salió -cada tema de corrupción- fue antes denunciado por la oposición democrática en el Parlamento, incluyendo los crímenes del Grupo Colina. En la Universidad seguí enseñando, me gradué de magíster y de doctor y pasé a enseñar también en la Maestría en Ciencia Política. Los temas combinaban con mi práctica política pero no eran mera proyección de ésta. El estudio comparado de las instituciones (sistema de gobierno, sistema de partidos y sistema electoral) y el estudio de las transiciones para pasar de la atención puesta en el proceso electoral al tema de la consolidación de instituciones democráticas, han sido y son mis temas actuales.

El trabajo parlamentario debe darse en relación con la academia, en particular con la investigación económica, social, política y jurídica. No podemos imaginar una buena ley electoral sin un trabajo previo que analice instituciones y fórmulas, que evalúe su relación

con la idiosincrasia ciudadana y que lo haga con perspectiva comparada. Lo mismo podemos decir en la mayoría de las leyes importantes. Es obvio que no confundo roles: el investigador analiza, compara, evalúa y saca conclusiones que ofrecen alternativas. El político elige entre ellas, pero hay que exigirle, poco a poco, capacidad de razonar y fundamentar más allá de la pasión o el interés. Eso hace necesaria la vinculación con el trabajo académico.

Es posible afirmar que me quedé a medio camino, entre la academia y la política y ojalá que no piense alguno que se me puede aplicar lo que dicen de los médicos militares: que son médicos para los militares y militares para los médicos. Cierto es que releendo una vez más *El político y el científico* de Max Weber me peleó menos hoy con este autor porque entiendo que su antinomia es más un método para hacernos pensar y distinguir planos en cada tipo de trabajo, que una barrera infranqueable como alguna vez lo entendí. Y cuando Weber pareciera enfatizar la antinomia en las diferencias que concede a la ética de la convicción respecto de la ética de la responsabilidad, termina él mismo por reconocer que no son tan excluyentes como las plantea. Las combinaciones entre academia y política y los condicionamientos éticos de ambos campos tienen que darse con rigurosidad y el mejor antídoto es la crítica de la comunidad académica y de la comunidad política, con la horizontalidad propia de los valores democráticos.

Casi un siglo nos separa de este autor y la discusión tiene vigencia pero en otros términos, no solo porque la posmodernidad obliga a considerar -explicitándolas- las dimensiones de la subjetividad poco cara al racionalismo de entonces, sino porque hay avances de la humanidad y por eso, por ejemplo, no vale ya una ética que acepte la violación de derechos humanos universalmente reconocidos en nombre de ninguna responsabilidad o de convicción alguna. Los parámetros en el siglo XXI avanzan tras el siglo XX, el más violento de la historia humana. Hay frenos y se han expandido los valores democráticos a pesar de todo.

En todo caso, la Universidad Católica y cada uno de ustedes me han permitido este recorrido que comienza a terminar, que no es

lineal ni está lleno de luces. Siempre lamentaré como político no haber sido capaz de contribuir a organizar un gran partido que no solo me trascienda sino que lo haga con mi generación. Lamentaré también no haber escrito un gran libro y desde el principio entendí que si buscaba ese objetivo nunca publicaría nada. No me arrepiento de mis clases y mis alumnos, hice lo que podía y recibí siempre mucho más, que traté de invertirlo en ellos mismos. Estoy orgulloso de esta mi Universidad y de cuánto ha avanzado por obra de ustedes que, como mi recordado hermano Franklin, se han dedicado más a ella y quizás porque la miran solo desde dentro no perciben cuánto ha crecido en calidad y compromiso con el Perú.

Homenaje a un auténtico universitario

Salomón Lerner Febres

Numerosas son las ocasiones en las cuales la sociedad peruana ha demostrado alto aprecio por las personas formadas en nuestro claustro. Diversas organizaciones de la sociedad civil, el gobierno e incluso los nuevos centros de educación superior -que con el tiempo buscan alcanzar la excelencia- acogen a nuestros egresados sin ocultarlo; antes bien, para indicar la seriedad y la calidad a la que aspiran, hacen de público conocimiento cómo las personas que han de colaborar en ellas son profesionales que desplegaron sus capacidades en el medio intelectual y humano que la Pontificia Universidad Católica del Perú les brindó.

No es, pues, simple retórica ni interesada opinión el juicio de valor que pronunciamos acerca de nuestros antiguos alumnos. Ellos constituyen el mejor testimonio que puede ofrecer a la vida social una institución que, como nuestra Universidad, se reconoce orgullosa de su prestigio y vigencia a lo largo de sus ochenta y seis años de historia.

Siendo así, no es de extrañar que nuestra comunidad universitaria haya sido convocada esta mañana para tributar un muy merecido homenaje a uno de sus más distinguidos miembros, una persona que vivió su experiencia universitaria en la Católica como alumno y que prolongó esa esencial vinculación con su Alma Máter al asumir desde hace varias décadas la noble tarea de formar en ella criterios y conciencias a través de la cátedra.

Si menciono esa continua presencia del doctor Henry Pease en el seno de nuestro claustro, no es solo por la circunstancia especial de esta ceremonia. Como tuve ocasión de señalarlo en la presentación de su más reciente publicación, si tuviéramos que subrayar una de las múltiples facetas que él ha logrado desarrollar, tendríamos que elegir, primero, la de auténtico universitario.

En efecto, su trayectoria personal nos revela cómo se lleva de una manera digna y fecunda la vida universitaria, en un trajinar inagotable que no se ha erguido sobre episodios ocasionales sino que, para ofrecer logros consistentes y duraderos, ha sido asumido como motivo de toda una vida. Ese carácter fundamentalmente universitario se deja ver en su compromiso señalado con el cultivo de la enseñanza, que lo mantiene unido a nuestras aulas desde hace más de treinta años; con la labor de investigación, cuyos frutos son varios e inteligentes libros sobre nuestra realidad nacional; y, sobre todo, con el cumplimiento de las enseñanzas esenciales que recibió en nuestro claustro. Me refiero a la integridad, la honestidad y el apego a la verdad, pero también al amor auténtico por el país. No aquel que concluye en la mera declaración sino el que se vive con entereza en la vida pública, en el actuar consciente de una profesión que es medio de vida y a la vez experiencia de fe en las gentes del Perú y de compromiso con ellas.

No sería posible, pues, concebir una imagen justa del doctor Pease divorciándolo del quehacer universitario. Y sin embargo, sería no menos injusto soslayar su activa participación en el terreno de la política. Esa labor la ha ejercido de una manera tenaz y apasionada, en una pugna constante que no ha sido un despliegue ciego de energías, sino la búsqueda coherente de un ideal por los caminos de la razón y la acción. Como dirigente partidario, como autoridad municipal, como congresista, el doctor Pease ha sabido hacer de la actividad política una reivindicación cotidiana de la inteligencia, de la comprensión profunda de nuestros problemas, del enfrentamiento a la informe realidad con los valores que la precisan para hacerla más humana y deseable. Nos ha enseñado así que la política no tiene por qué ser el reino del oportunismo y de la traición a ideas, aliados y electores en nombre del provecho propio, y que el político íntegro es, en buena cuenta, aquel que sabe mantenerse fiel por igual al pensamiento y a la realidad.

Como bien sabemos, en estos meses al doctor Pease le ha tocado asumir una delicada responsabilidad: la de ocupar la Presidencia del Congreso de la República. Y lo ha hecho en circunstancias particularmente difíciles. Las tribulaciones de nuestro país, es

justo reconocerlo, son de larga data, pero quién puede negar que a lo largo de la última década hemos asistido, muchas veces sin tener plena conciencia de ello, a un permanente trastorno de los más elementales valores de la vida en común. Los daños ocasionados son incalculables, pero en lo esencial la crisis que padecemos cobró la forma de una devastación moral. Hoy, en efecto, podemos observar que estos oscuros tiempos de confusión nos han dejado un severo agravio contra el más preciado de nuestros bienes públicos, como es el lenguaje de la conciencia cívica. Y éste tal vez sea el daño más arduo de reparar, pues en aquella comunidad donde las palabras carecen de valor y en donde no hay manera de expresar sentimientos verdaderos y honestos, es imposible que se manifiesten y arraiguen los cimientos de la democracia y la paz social.

Estos son bienes que no han de surgir entre nosotros por naturaleza espontánea; para alcanzarlos necesitamos restituir los fundamentos de la moralidad y la eficiencia en la conducción de la cosa pública. Ello no es tarea sencilla, ciertamente. Todo lo contrario, requiere de cualidades profesionales excepcionales, de personas dotadas de la fuerza moral que haga ennoblecer la vida política, de la presencia, en fin, de líderes capaces de derrotar tanto los pactos fáusticos como las conductas pusilánimes. Se requiere, pues, de firmeza, de conocimiento, de sentido del deber. Tales son, entre muchas otras, las cualidades que distinguen a nuestro homenajado, sobre quien, ahora más que nunca, ha de ponerse a prueba la excelencia de la formación que procuramos brindarle en estos claustros.

Estimado doctor Pease:

Para nuestra Universidad, usted representa un claro ejemplo de los valores que como casa de formación nos propusimos impartir desde nuestros ya lejanos años de fundación. Por ello, y porque sabemos que gran parte de su vida se ha hallado vinculado con la docencia, estamos convenidos de que en el cargo que ahora le toca ocupar, usted ha de ejercer un auténtico magisterio de esas enseñanzas.

Queremos que quede claro, además, que al tributarle este homenaje, nuestra Universidad, su Universidad, se coloca, en el fondo, junto a usted y, en silencioso acompañamiento, le propone como programa el cumplimiento de nuestro lema institucional: *Y la luz brilla en las tinieblas*. Ésta es la mejor manera que ella tiene de apoyarlo en la noble y esforzada tarea de lograr la recuperación moral y material de nuestra patria.



En el Auditorio de Derecho, el lunes 29 de setiembre del 2003, los profesores (de izq. a der.) **Dr. Jean-Marie Ansion Mallet**, jefe del Departamento Académico de Ciencias Sociales; **Dr. Marcial Rubio Correa**, vicerrector administrativo; HPG; **Dr. Salomón Lerner Febres**, rector; **Ing. Luis Guzmán-Barrón Sobrevilla**, vicerrector académico; y **Dr. René Ortiz Caballero**, secretario general de la Universidad. (Foto por Martín Zevallos Ullauri)



En el Auditorio de Derecho, el profesor **Henry Pease García** recibe de manos del rector **Salomón Lerner Febres** un plato recordatorio. Lo acompaña el **Dr. Marcial Rubio Correa**, vicerrector administrativo (izq.). San Miguel, 29 de setiembre del 2003. (Foto por Martín Zevallos Ullauri)



El Dr. **Henry Pease García** es entrevistado por los diferentes medios de comunicación. San Miguel, 29 de setiembre del 2003. (Foto por Martín Zevallos Ullauri)



Padre Felipe Mac Gregor, S.J. y Dr. Henry Pease García
San Miguel, 29 de setiembre del 2003.
(Foto por Martín Zevallos Ullauri)



De izq. a der., Dr. **Luis Solari de la Fuente**, congresista de la República; Dr. **Henry Pease García**, presidente del Congreso de la República; y padre **Manuel M. Marzal, S.J.**, *profesor emérito* del Departamento Académico de Ciencias Sociales. San Miguel, 29 de setiembre del 2003. (Foto por Martín Zevallos Ullauri)

Índice

Presentación, por Máximo Vega Centeno Bocángel profesor principal del Departamento Académico de Economía	5
Henry, gracias por tu ejemplo, por Jean-Marie Ansion Mallet	8
Estoy orgulloso de mi Universidad, por Henry Pease García	13
Homenaje a un auténtico universitario, por Salomón Lerner Febres	21

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Archivo de la Universidad

César Gutiérrez Muñoz
Archivero de la Universidad

Beatriz Montoya Valenzuela
Vanessa Veintemilla Minaya
Pablo Páucar Chumpitaz
Pedro Atoche Luna
Juan Coronado Tomaylla
Carolina Uceda Castro
Bertha Chávez Nolasco
Archiveros

María Asunción Dextre Vitaliano
Administradora

Javier Mendoza Suyo
Conservador

Diego del Río Figueroa
Guillermo Alan García Capcha
Juan Alberto Uchuya Lagos
Alumnos colaboradores

Elizabeth García Vásquez
Diagramadora

Benito Paredes Castro
Impresor

El número 34 de los *Cuadernos del Archivo de la Universidad* se terminó de editar en la imprenta PUCP (San Miguel, Lima) el 25 de octubre del 2003, quincuagésimo noveno aniversario de la muerte de José de la Riva-Agüero y Osma, benefactor de la Universidad Católica. La edición consta de trescientos ejemplares numerados.